

ELECCIÓN DE LA SUPERIORA GENERAL MISIONERAS CLARETIANAS

Queridas hermanas:

Estamos pidiendo en esta eucaristía la luz del Espíritu Santo antes de proceder a la elección de quien va a dirigir y animar la Congregación en los próximos años. Seguramente es un momento más para rezar que para reflexionar. Pero acabamos de escuchar la Palabra de Dios y de ella nos viene la luz que nos orienta siempre, y hoy en la elección que vais a hacer. No podemos prescindir de la Palabra de Dios ni permitir que caiga en el vacío lo que el Señor hoy nos dice.

La primera lectura nos narra la elección de Matías. Los apóstoles vuelven al cenáculo, después de que Jesús haya ascendido al cielo confortados con la promesa de que Él va a estar con ellos hasta el fin del mundo. Se recogen todos en oración esperando la venida del Espíritu.

En este contexto de oración, Pedro se levanta en la asamblea y presenta la traición de Judas como algo previsto en la providencia de Dios. A pesar de su defección, ellos deben continuar la obra de Jesús. La Iglesia continúa. La Iglesia está viva. La Congregación está viva. Ni la Iglesia ni la Congregación son obra nuestra: es obra del Espíritu. Por eso podemos confiar en su asistencia.

La primera observación que me viene a la mente es que la Congregación sois vosotras, no es una estructura, una

institución con vida propia, sino que vive en vosotras y con la vida que le deis cada una. Todas tenéis la responsabilidad de dar vida y visibilidad a esta comunidad; a todas corresponde que la Congregación sea fiel al proyecto de Dios y dé el fruto deseado. Hoy tenéis la responsabilidad de buscar quien os anime y dirija esta obra. Pero éste es un acto de gobierno de la vida congregacional, que no exime a ninguna de vosotros de poner su grano de arena en el día a día para la construcción del Reino a través de la Congregación. Recuerdo que en el primer Capítulo en que participé, el P. Vidales, entonces Vicario General, me comentó después de la elección del Provincial que se había hecho una buena elección, pero que importaba mucho que a partir de ese momento no se descargara en él toda la responsabilidad, sino que se colaborara con él y no se le dejara solo. Al concluir el Capítulo y regresando a vuestras Provincias, es fácil desentenderse de la vida congregacional y dedicarse a lo que uno lleva entre manos sin implicarse en lo que es de todos: todas debéis asumir la responsabilidad de esta elección y colaborar con la Superiora General en la tarea de dirigir la Congregación, con el consejo, la disponibilidad, la obediencia.

San Pedro pone las condiciones que debe tener quien sustituya a Judas. Debe ser alguien que haya compartido con Jesús y con los apóstoles todo el tiempo que el Señor estuvo con ellos, y ser testigo de su resurrección. Para nosotros, como misioneros y misioneras, que hemos recibido el mismo espíritu del P. Claret y de la M. París, ser hoy “testigos de la resurrección de Jesús” es vivir nuestra

vocación con alegría, con generosidad y con esperanza, no con lamentaciones, con pesimismo o con desidia. significa vivir por entero el espíritu de los Fundadores, sintonizar con su proyecto, llevar adelante su obra siguiendo las orientaciones de la Iglesia y teniendo en cuenta las circunstancias del mundo de hoy, en cada lugar donde nos encontremos. Es lo más importante que hay que tener en cuenta al elegir a la Superiora General.

El relato de los Hechos nos indica que se propusieron varios nombres, dos exactamente, seguramente después de haber barajado otros. Cada uno de ellos tendría sus méritos, o sus cualidades para ocupar el puesto. Todas tenéis en la cabeza las personas que pueden asumir la responsabilidad de Superiora General. Habréis pensado en sus cualidades, en su manera de ser, en su capacidad de organizar, de dirigir, de relacionarse con las hermanas.

Pero los Hechos de los Apóstoles nos dicen también que, después de haber hecho sus averiguaciones y elecciones, se reúnen y rezan, y rezan así: Señor, tú que conoces el corazón de todos, muéstranos a quien has designado para ocupar el puesto de Judas. No tienen en cuenta sus preferencias, sino que piden que el Señor les revele quién es el elegido. No se preguntan a quién elegir, sino que a quién ha elegido Dios.

Para descubrir cuál es la voluntad del Señor sabemos bien que tenemos que despojarnos de todo lo que nos impide ver los signos de Dios, despojarnos de nuestra voluntad y de

nuestros afectos, no dejarnos llevar de intereses egoístas, no dejarnos influir por incompatibilidades personales, no buscar ventajas al margen del bien común de la Congregación, superar visiones limitadas y abrirnos al diálogo con las demás, a las exigencias de la vida evangélica, a las necesidades de la Iglesia, al grito de los pobres. Sólo así podremos escuchar la voz del Señor y no querer sino lo que Dios quiere, unir nuestra voluntad a la suya. Os invito a hacerlo ahora con esta oración del P. Fundador: “Ayúdame, Padre, a no buscar otra cosa más que a Ti, ni saber nada que no sea tu voluntad para cumplirla. Sólo te quiero a Ti, y en Ti y por Ti y para Ti las demás cosas”.

Queridas hermanas, que el Señor se haga presente en vuestros corazones y os ilumine, os conceda el espíritu que animó a San Antonio María Claret, nuestro Padre, y a la M. París, para que, bajo la guía de quien debe ser signo de comunión y vínculo de unidad entre vosotras, la Congregación sea fiel a la misión encomendada para el bien de la Iglesia y de todos los hombres.

Roma, 2 agosto 2017